

CALANDRA, Benedetta - FRANCO, Marina (eds.), *La Guerra Fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*. Buenos Aires. 2012. Ed. Biblos. 222 pp.

La categoría “Guerra Fría cultural” se puso de moda gracias al éxito del libro de Stonor Saunders (*The Cultural Cold War. The CIA and the World of Arts and Letters*, 1999), un ensayo mitad periodístico y mitad investigación histórica sobre los programas secretos urdidos por la CIA para manipular a los intelectuales europeos en su ofensiva contra las ideas comunistas. Antes de ese libro, y sobre todo después, una extensa bibliografía se ha dedicado a analizar las campañas de persuasión que los Estados Unidos orquestaron y financiaron, a veces con programas secretos, pero más a menudo con programas públicos, con el fin de ganarse a la opinión pública internacional. El nuevo libro se sitúa explícitamente en esa corriente de interés por la dimensión cultural de la Guerra Fría, entendida como la utilización de la propaganda, de los medios de comunicación y de las actividades culturales en general, para enfrentarse al otro bloque. Aunque conviene señalar que en el caso norteamericano el grueso de los esfuerzos se desarrolló en los países aliados, y no en los países considerados enemigos, porque el objetivo era no sólo combatir el comunismo sino también afianzar la cohesión del bloque occidental.

Estas campañas son un ejemplo paradigmático del uso de la cultura como arma de combate, o al menos como instrumento propagandístico para conseguir fines políticos. Para suavizar las aristas de unas políticas de dudosa legitimidad, siempre sospechosas de constituir una injerencia peligrosa del aparato del Estado en el terreno de la actividad cultural, la administración estadounidense inventó en los años sesenta la expresión “diplomacia pública”, un eufemismo del término propaganda que ha tenido éxito y ha sido incluso adoptado por la historiografía especializada.

El libro que comentamos no cae en esa trampa y prefiere utilizar el término “Guerra Fría cultural” de gran impacto mediático. En la introducción la editora utilizan una terminología militar acorde con esa elección para referirse a su objeto de estudio: “colosal batalla”, “guerra no convencional”, e incluso “guerra psicológica”. Esas expresiones siguen la pauta del libro de Stonor Saunders que también se refería a “armas culturales”, “campañas de persuasión”, “guerra de propaganda”, etc... Como en todo conflicto, se supone que en una guerra cultural también hay frentes de combate, campañas, conquistas, arsenales, avances y retrocesos, enemigos declarados y aliados, etc.

La obra se propone estudiar estos temas en el ámbito latinoamericano, un escenario poco tratado hasta ahora por la ya extensa bibliografía especializada. América Latina tuvo sin duda una importancia muy secundaria en los comienzos del enfrentamiento bipolar, pero se convirtió en un frente muy importante a partir del éxito de la Revolución Cubana de 1959. Aquel acontecimiento, con sus repercusiones continentales, incrementó súbitamente el interés de la Administración norteamericana en el área y provocó reacciones de gran envergadura como la Alianza para el Progreso de 1961, la creación del Cuerpo de Paz formado por voluntarios, o el encargo que hizo el presidente Nixon a Nelson Rockefeller y que se plasmó en el conocido informe de 1969 que lleva su nombre. Esas iniciativas son la prueba de que la Administración

estadounidense recibía con ansiedad las crecientes manifestaciones de hostilidad que allí se producían. El desastroso viaje de Nixon por el subcontinente cuando aún era vicepresidente, en 1958, demostró que los Estados Unidos tenían un problema de imagen en América Latina. Una década después, el no menos funesto viaje de Nelson Rockefeller, con disturbios y muertos en las manifestaciones antiestadounidenses que lo acompañaron, fue la prueba de que el problema no había hecho más que agudizarse a pesar de la retórica de la “buena vecindad”, las campañas de propaganda y otras iniciativas dirigidas a paliar el descontento en la opinión pública. Resultaba patente la falta de apoyo popular a la política exterior estadounidense, en contraste con la subordinación de las elites políticas de la mayoría de los países latinoamericanos.

Al concentrar el estudio en América Latina, el libro introduce un aspecto nuevo en el estudio de la Guerra Fría cultural, la perspectiva desde la periferia. El análisis se desplaza del centro: los Estados Unidos como emisor y Europa como principal escenario del enfrentamiento, a una zona secundaria para los principales antagonistas. Ese cambio de perspectiva hace visibles aspectos inéditos del fenómeno. Varios de los capítulos tratan de las repercusiones de la política exterior norteamericana, y en especial de su propaganda cultural, en las culturas políticas locales y muestran, de manera especial, la forma en que diversos actores políticos locales utilizaron la conflictividad global para sus propias estrategias internas. Con ello se resalta, de forma concreta, la importancia del contexto global, de la variable externa, como motor de acciones locales y, de paso, se contribuye a relativizar la autonomía de las historias nacionales latinoamericanas respecto al conflicto mundial.

La segunda innovación importante de este libro es que privilegia el punto de vista de los receptores de aquellas campañas de propaganda, poniendo el énfasis en sus repercusiones sociales y culturales. Lo habitual, hasta ahora, ha sido analizar los objetivos de quienes diseñaron las campañas, los medios que utilizaron y los mensajes que transmitieron, un sesgo que venía impuesto por el uso casi exclusivo de las propias fuentes estadounidenses. La mayor parte de las contribuciones de este libro se preocupan, por el contrario, del efecto que producían en los destinatarios y no sólo de las intenciones de los emisores. Dar prioridad a la forma de recibir y procesar aquellos mensajes supone una acertada opción, porque permite abordar el ángulo ciego de los estudios sobre propaganda estatal en el extranjero.

Esta forma de abordar el fenómeno de la Guerra Fría Cultural, desde la periferia y desde el punto de vista del receptor, se complementa con dos características metodológicas que merece la pena destacar. La primera es la perspectiva interdisciplinar: los autores provienen de los estudios literarios, de la historia social, son especialistas en historia cultural o simplemente latinoamericanistas. Si hasta ahora el tema de la Guerra Fría cultural y sus derivaciones había sido abordado sobre todo desde la perspectiva de la historia de las relaciones internacionales, este libro se inspira en la perspectiva de los estudios culturales aplicados a las relaciones interamericanas que han promovido autores como Ricardo Salvatore o Gilbert Joseph. Eso significa, de entrada, que se manejan fuentes poco explotadas hasta ahora: correspondencia privada, documentales y cine de ficción, prensa sensacionalista, revistas literarias, denuncias particulares, etc. Al mismo tiempo, la perspectiva político-institucional pierde protagonismo para destacar el papel jugado por otros actores, mediadores culturales

o agentes locales, cuya aportación resultó fundamental para brindar justificación racional al imperio informal estadounidense. La contribución de Patrick Iber trata de los intelectuales, tanto de los que colaboraron como de los que se enfrentaron con el Congreso por la Libertad de la Cultura en América Latina. Benedetta Calandra analiza los programas de la Fundación Ford desarrollados en la década de los sesenta. Fernando Purcell estudia la intervención en Chile de los voluntarios del Cuerpo de Paz que creó el presidente Kennedy. Ernesto Capello disecciona las giras-espectáculo de personalidades norteamericanas como nuevo instrumento diplomático. Marina Franco analiza la asimilación del lenguaje y las categorías de la ideología de la Guerra Fría por la gente común para describir los conflictos locales. Sol Glick hace una jugosa descripción del papel simbólico jugado por la cantante brasileña Carmen Miranda. Estrellas de cine, intelectuales, voluntarios, colaboradores locales, y todo tipo de agentes culturales son los protagonistas en este trabajo interdisciplinar.

La segunda característica metodológica de este empeño colectivo es la reducción de la escala de análisis. La mayor parte de las colaboraciones son estudios de casos: por países, por sectores, o por iniciativas concretas, lo que tiene la ventaja de permitir ver el conflicto a escala humana. En realidad, el estudio a escala local o sectorial es indisoluble de la perspectiva que prima el punto de vista del receptor, pues ésta se basa en el principio general de que son las condiciones locales las que determinaban el resultado. Analizar la forma en que los sectores sociales implicados reciben, interpretan y traducen el mensaje estadounidense sólo puede hacerse considerando sus intereses y sus propias circunstancias, es decir, partiendo de las circunstancias concretas del medio receptor. Justo lo que no hicieron los responsables estadounidenses de estas campañas, que diseñaban su estrategia propagandística en América Latina siempre a escala continental, como si ese conjunto de países formaran un bloque homogéneo con características similares. Error de diseño que no cometieron en el caso Europeo, y que probablemente se explica por su falta de conocimiento de la compleja realidad latinoamericana, como ponen de manifiesto algunos de los textos de esta obra.

Efectivamente, algunas colaboraciones suscitan aspectos de las relaciones interamericanas que van más allá de la Guerra Fría cultural. Por ejemplo, el interesante estudio de la implantación de los *Latin American Studies* en Estados Unidos, y en general el tema de las percepciones mutuas y las representaciones imaginarias del otro. Por ello se puede decir que el libro identifica temas y problemas de más largo alcance de lo que sugiere el título: en realidad trata de la penetración cultural, física y simbólica, de los Estados Unidos, de la expansión de sus productos, de su cultura de masas y de sus valores. La Guerra Fría vino a ser una excusa, o un aliciente, para desencadenar una campaña de penetración cultural y de exportación del *American Way of Life* en el subcontinente. En Europa este fenómeno se ha identificado con el proceso de “americanización” intensiva, espontánea o inducida, sufrido en la posguerra. En América Latina se ha llamado “imperialismo seductor” (Antonio Pedro Tota), o “imperialismo informal”. En ambos casos estamos hablando de políticas culturales, de campañas de propaganda y de diplomacia pública dirigidas a introducir la cultura material y popular estadounidense en otros países. Campañas con un doble uso: político, al reforzar la cohesión del bloque occidental, o la alianza hemisférica en el caso

de América Latina; y comercial, porque estos proyectos no buscaban sólo prestigio o reconocimiento a la producción cultural estadounidense, sino también la expansión de mercados de consumo y el dominio comercial en sectores como el cine, la radio, la televisión y en general las comunicaciones. La forma en la que desarrolló Nelson Rockefeller su misión como Coordinador de Asuntos Interamericanos en los años 40 es paradigmática de esa doble cara de la propaganda norteamericana.

Las propias editoras reconocen en su presentación que el objeto de estudio no es sólo el desarrollo de la Guerra Fría en su dimensión cultural, porque definen su campo de estudios como “la densa red de actores, prácticas y estrategias comunicativas que en la esfera de la diplomacia cultural... contribuyeron de manera esencial a la exportación del *American Way of life* en el subcontinente”. Era justamente lo que se ponía de manifiesto en el subtítulo de la primera versión, en italiano, de esta obra: *esportazione e ricezione dell’American Way of Life in America Latina*. En realidad, el objeto de estudio al que apuntan las diversas contribuciones del libro es la dimensión cultural de las relaciones interamericanas. Esa es la tesis que sostiene Eduardo Rey en su colaboración, donde insiste en que lo que aconteció después de la Segunda Guerra Mundial no fue simplemente “el traslado a América Latina de la lógica, esquemas y fórmulas de aquel conflicto”; sino que “fue una expresión radical de conflictos o diferencias, potenciadas por la coyuntura internacional, basadas en concepciones que ya estaban latentes o habían sido protagonistas tiempo atrás”. Es decir, que en América Latina, la Guerra Fría cultural no hace sino adaptar a la nueva coyuntura el viejo conflicto marcado por la lógica paramericanismo/intervencionismo/hegemonismo, frente a nacionalismo y antiimperialismo. Basta preguntarse ¿quién era el enemigo en esa guerra cultural? En el libro no se hace ninguna referencia al otro bando del conflicto bipolar, la Unión Soviética, y eso es coherente con el hecho de que, para los estadounidenses, el verdadero rival a combatir, más que el comunismo, era el nacionalismo de los países latinoamericanos, los prejuicios antiestadounidenses de su población y la resistencia a las pretensiones hegemónicas del Norte.

Tampoco la cronología de la intervención cultural norteamericana en América Latina coincide con la Guerra Fría: la diplomacia cultural comienza a intervenir de forma oficial en el subcontinente en 1938, cuando se creó la División de Relaciones Culturales en el Departamento de Estado, y más aún cuando se crea en 1940 la Oficina del Coordinador de Asuntos Interamericanos, dirigida por Nelson Rockefeller. Y todo ello en la corriente del panamericanismo de los años veinte y treinta cuando, como nos recuerda la colaboración de Ixel Quesada, la competencia era aún la influencia cultural europea

El propósito al que apunta el libro tiene que ver con las dificultades del diálogo hemisférico, con las difíciles relaciones entre el Norte y el Sur, y con un ambicioso proyecto de historia cultural de las relaciones inter-americanas. Las campañas de propaganda cultural y de diplomacia pública emprendidas durante el periodo que llamamos la Guerra Fría no son más que un episodio más de la historia de fascinación y de incompreensión, de admiración y de rechazo, que ha marcado las relaciones entre las dos Américas. El reto consiste en analizar la construcción de los imaginarios respectivos, las dificultades de las relaciones interculturales, y las consecuencias políticas, en el orden interno y en el orden internacional, que todo ello ha producido. Es un

tema de interés histórico, pero también de permanente actualidad. Nadie puede poner en duda que las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina siguen estando sometidas a condicionamientos simbólicos, utilizaciones propagandísticas y problemas de incompreensión radical de todo orden. Basta leer las noticias de cada día.

Antonio NIÑO
Universidad Complutense de Madrid

Antonio NIÑO - José Antonio MONTERO (eds.). *Guerra Fría y propaganda. Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*. Madrid. 2012. Biblioteca Nueva. 430 pp.

Este volumen es una excelente compilación de estudios sobre la propaganda de los Estados Unidos en el exterior durante los primeros años de la guerra fría. El libro consta de una introducción y de diez capítulos que reflexionan sobre el papel de la propaganda estadounidense desde distintos enfoques. Un acierto del libro ha sido su estructura, al presentar los estudios en tres bloques, atendiendo a un criterio geográfico. El primer bloque está formado por tres capítulos que analizan la propaganda en Europa Occidental; en el segundo bloque se hallan tres capítulos que se centran en el caso español; y en el tercer bloque, encontramos tres estudios que se dedican a América Latina. Por último, hay un capítulo-testimonio realizado por el exprofesor universitario y diplomático Richard Arndt quien, al haber trabajado como Agregado Cultural en distintos países, aporta una visión práctica basada en su propia experiencia.

Abre el libro una introducción en la que Antonio Niño y José Antonio Montero explican cómo se desarrolló y se impulsó la utilización de la propaganda informativa y cultural por parte del gobierno de EE.UU. en Europa y en América Latina. Los autores ponen de relieve las leyes y los grandes organismos que influyeron en el desarrollo de la propaganda americana, destacando la aprobación, en enero 1948, de la *Information and Educational Exchange Act*, conocida como ley *Smith-Mundt*, y la creación de organismos como la *United States Information Agency (USIA)* en 1953. Asimismo, mencionan las diferentes estrategias regionales, entre Europa y América Latina, haciendo referencia a la diferente intensidad del esfuerzo propagandístico.

A continuación, encontramos los diez estudios de los que se compone este libro. En el capítulo primero: “‘¡No somos así!’ El despliegue de la cultura americana en Europa durante la Guerra Fría”, Jessica C. E. Gienow-Hecht plantea el estado de la cuestión y considera tres tesis en relación con el despliegue de la propaganda cultural en Europa, haciendo referencia en gran parte de su trabajo al caso alemán. La autora presenta un balance negativo del enorme esfuerzo propagandístico desplegado por los Estados Unidos en Europa. Destaca de este trabajo el interesante apartado que la autora dedica al tratamiento historiográfico del tema.

En el segundo capítulo: “Ganando amigos: la diplomacia pública estadounidense en Europa Occidental (1945-1960)”, Nicholas J. Cull lleva a cabo un estudio sobre las relaciones de Estados Unidos con Europa Occidental. En él muestra los vínculos que estable-